

Conocimiento, conservación y educación en el Alto Ricaurte

Cuenta la leyenda del pueblo Muisca que en la laguna de Iguaque, a 3740 metros sobre el nivel del mar, en el centro del santuario de flora y fauna del mismo nombre, se originó la humanidad. De sus aguas emergió Bachué, 'Mujer Buena', con su hijo Iguaque, quien creció y se unió a su madre para poblar la tierra.

El santuario, a 16 kilómetros de Villa de Leyva, hace parte de la provincia de Ricaurte, que abarca doce municipios de Boyacá. En las faldas de esas grandes montañas están ubicadas las 50 reservas naturales que conforman la Red de Reservas Naturales de la Sociedad Civil del Alto Ricaurte.

Es una zona con un amplio rango de pisos térmicos, desde el desierto a 1100 msnm hasta los páramos a más de 3500. También su población es diversa: en su mayoría campesinos con cultivos tradicionales y los llamados neorurales, migrantes de la ciudad al campo interesados sobre todo en el conocimiento y la conservación del territorio, amenazado hoy por la minería de caolín y por la industrialización creciente de los cultivos de papa y maíz.

Ocho de las reservas de la Red, casi todas creadas y gestionadas por mujeres, decidieron unirse para presentar un proyecto a A Ciencia Cierta ECO.

"Nosotros somos una red de la sociedad civil que funciona desde la confianza. Cuando sale (la convocatoria de) A Ciencia Cierta ECO estábamos en esa búsqueda de apoyos para poder desarrollar diferentes proyectos que nos ayuden a potenciar la conservación ambiental. A varios nos interesaba trabajar en el tema de jardines botánicos, entonces nos unimos y formulamos el proyecto a sabiendas que es un beneficio para todas las reservas", afirma Ángela María Zuluaga, líder del grupo de reservistas.

El proyecto se enfocó en construir un modelo de jardín botánico para las reservas naturales. Y lo plantearon desde el hacer: construyéndolo directamente en campo; un jardín botánico implementado con toda la infraestructura lista para su usabilidad y otros tres en distintos grados de desarrollo que sirvieran de modelo para ampliar a futuro la experiencia.

El modelo se basa en los tres ejes que componen un jardín botánico: conocer, conservar y educar.

En el eje Conocer se trataba de responder a las preguntas sobre qué tengo, qué me falta conocer y cómo organizo la información que acopio. Acudieron a fuentes

secundarias y con la ayuda de biólogos y taxónomos de diversas universidades que las apoyan identificaron qué era lo que tenían en sus reservas, cuál era el potencial de toda esa diversidad y qué era lo que debían conservar.

“A eso le sumamos los deseos de cada uno de los reservistas, porque había unos que tenían intereses por las plantas de fibra, otros por plantas que ayudaran a la retención y fabricación de agua, otras por las medicinales o las melíferas, que era mi interés personal —afirma Ángela María—. Pero fuera de eso el ecosistema también estaba mostrando que ahí había un potencial para cuidar, por ejemplo en alguno de las reservas nos dimos cuenta que había un gran potencial para la ericáceas”.

De esta manera, combinando los intereses personales con la oferta de la biodiversidad, establecieron el objeto de conservación específico de cada jardín. Y vinieron entonces las preguntas del Conservar: cómo lo conservo, qué tengo que hacer para reproducir esas plantas, qué tengo que investigar, con quién o con qué institución o investigador debo aliarme para lograrlo, cómo hacer un vivero para lograr la reproducción de estas plantas, mantenerlas y potenciarlas.

Para contestar esas preguntas hicieron alianzas con el Jardín Botánico de Bogotá y la Universidad Juan N. Corpas, que los capacitaron en botánica para no botánicos, en taxonomía, en viverismo. A las capacitaciones acudieron con la comunidad de la zona, con los campesinos, para compartir con ellos esos conocimientos.

A través del proceso también hicieron o ampliaron alianzas interinstitucionales con el Instituto Alexander von Humboldt, el jardín botánico de Medellín, la Universidad Nacional, Corpoboyacá, la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, la Universidad Antonio Nariño y la institución educativa Llanoblanco.

“Lo que nosotros hicimos fue potenciar el aval que nos dio A Ciencia Cierta para buscar respaldo en otras instituciones, en las juntas de acción comunal, las juntas de acueducto, porque lo que buscábamos era potenciar ese recurso económico que nos dieron —comenta Ángela María—. Como resultado logramos hacer muchos más procesos de los que teníamos planteados, porque no solo quedó un jardín botánico montado completo, sino siete jardines botánicos más montados con algún grado de avance en viveros, infografías, material didáctico”.

Nido de Águilas fue el jardín botánico que se montó en su totalidad. A partir de la definición de su objetivo principal —las plantas alimenticias, melíferas (productoras de miel) y medicinales—, se construyó el guion interpretativo del jardín, que

responde a las preguntas sobre el mensaje que se quiere dar, qué se quiere mostrar y cómo se va a mostrar. Sobre esa base se construyeron los senderos, la señalética, las infografías y todo el material didáctico lúdico, que incluye un aula socioambiental, para dar a conocer ese mensaje.

Cumplido ese objetivo quedaba el tercer eje por atender, el de Educar y comunicar, que planteaba preguntas sobre cómo hacer para divulgar todo lo aprendido y construido, para que sirviera para la educación y articulación con las comunidades de manera que se lograra un beneficio mutuo. Que cada jardín botánico no fuera una isla sino que, al contrario, afectara el ecosistema y articulara a la comunidad circundante.

Ese fue el proceso que menos pudo avanzar por la emergencia sanitaria del COVID-19, porque justo en 2020 se tenía planeada la aplicación del modelo en campo. Sin embargo se lograron hacer diversos talleres con la comunidad en los que socializaron el proyecto y en el caso del jardín botánico de Nido de Águilas se estableció un diálogo de saberes para determinar cómo se acercaban ellos a la producción de alimentos, de medicinas, de plantas medicinales, cuál era el conocimiento que tenían y qué se quería trabajar entre todos.

“Lo que proyectamos fue desarrollar unas huertas medicinales en cada uno de los predios de las veredas circundantes, eso era el interés de la comunidad, era un interés salido de ese diálogo de saberes a partir del enfoque de Nido de Águilas, que es alimenticio y medicinal”, dice Ángela María.

Pero también hicieron un programa de radio, entrevistas con diversos medios, actividad en las redes sociales y construyeron una [página web](#) donde recogen los perfiles de los ocho jardines botánicos y ofrecen toda la información para los interesados en visitarlos. Además publicaron su trabajo en [iNaturalist](#), una importante plataforma mundial de divulgación de especies y proyectos ambientales.

Y en 2021 han continuado trabajando en el proceso de formación, que consideran fundamental. “Nos preguntamos cómo hacemos para articular a la comunidad en un proceso formativo, colaborativo, porque las comunidades tienen muchos conocimientos pero también muchas expectativas y necesidades propias que tenemos que ayudar a fortalecer”, comenta Ángela María.

Pero para este grupo de pioneros neorurales el aporte más importante de A Ciencia Cierta ECO fue el de crear. Creer en una propuesta de la sociedad civil que impulsa conocimiento, conservación y educación en un entorno de gran riqueza

ambiental que merece ser preservado y aprovechado para beneficio integral de la comunidad y del país entero.